

# **Don Quijote de la Mancha**

## ***Por Miguel de Cervantes Saavedra***

*Versión Narrada y Ampliada*

\*

### **CAPÍTULO 1 – El hidalgo que se dejó llevar por los libros**

En una llanura seca y ventosa de La Mancha, en un lugar cuyo nombre Cervantes decía que no quería recordar, vivía un hidalgo de unos cincuenta años llamado **Alonso Quijano**. Era un hombre de complexión delgada, rostro afilado y mirada viva, que pasaba por ser un vecino respetable, aunque un poco excéntrico. Su casa, grande pero envejecida, contaba con una sobrina joven, un ama de llaves experimentada y un mozo de campo que acudía cuando se le necesitaba.

La vida de Alonso habría continuado sin mayor sobresalto si no fuera por una afición que, poco a poco, se convirtió en obsesión: **la lectura de libros de caballerías**. A diferencia de otros hidalgos de su tiempo, que gastaban su renta en mejorar la casa, adquirir nuevas herramientas o invertir en sus tierras, Alonso destinaba buena parte de su dinero a comprar libros. Siempre buscaba un título que le faltaba, un autor desconocido o una historia que prometiera batallas más fantásticas, gigantes más temibles o amores más imposibles.

Leía tanto —de día, de noche, antes de comer, después de cenar— que las horas se le confundían y los días pasaban sin que él se diera cuenta. Poco a poco empezó a descuidar su higiene, su sueño y hasta su alimentación. La sobrina y el ama se desesperaban: le encontraban leyendo a la luz de una vela casi consumida, murmurando pasajes enteros, o repitiendo frases como "*la honra exige sacrificios*" o "*la hermosura de la dama inspira al caballero*".

Su imaginación comenzó a mezclarse con aquello que leía. Las aventuras descritas en sus libros no eran ya simples ficciones; se convertían en modelos de vida, en ejemplos que él creía reales, vivos y urgentes. En lugar de ver el mundo como un lugar ordinario, empezó a verlo cargado de misterios, injusticias y misiones secretas. A medida que esta fantasía le dominaba, el hidalgo formó una idea que cambiaría su destino:

**convertirse él mismo en caballero andante.**

Decidido, bajó al desván donde guardaba una armadura antigua que había pertenecido a sus antepasados. Revisó una pieza tras otra: la coraza estaba oxidada, el peto abollado, el casco partido. No importaba. Con paciencia y muchas horas de trabajo, reparó lo que pudo y decoró lo que no pudo reparar. Fabricó una celada improvisada y hasta probó su resistencia golpeándola. El resultado fue desastroso: la celada saltó en pedazos. Pero él, convencido de que la fe podía más que el hierro, juntó los fragmentos con alambre y se sintió satisfecho.

Al nuevo caballero le faltaba un nombre. Tras meditarlo durante varios días, eligió uno que consideró digno: **Don Quijote**. Le pareció fuerte, elegante y con resonancia antigua. Luego pensó en su caballo: uno viejo, huesudo y de paso torcido. Bien sabía que el animal no era veloz ni heroico, pero necesitaba elevarlo a la categoría de un corcel legendario. Así lo bautizó como **Rocinante**, un nombre que según él indicaba que antes fue rocín y que ahora, al convertirse en su montura, estaba por encima de todos los rocines del mundo.

Pero ningún caballero podía iniciar una aventura sin dedicar sus hazañas a una dama. Recordó entonces a una campesina trabajadora y discreta, **Aldonza Lorenzo**, a quien apenas había visto en un par de ocasiones. Su imaginación, sin embargo, la transformó en la mujer más hermosa del universo. Y para que su nombre tuviera el sonido majestuoso de las damas medievales, la rebautizó como **Dulcinea del Toboso**.

Mirándose al espejo, con la armadura maltrecha y el rostro iluminado por una expresión casi mística, murmuró la frase que marcaría su destino:

**\*\*—Yo sé quién soy.**

Y con esa convicción comenzó la mayor aventura de su vida.

---

## **CAPÍTULO 2 – La primera salida en busca de gloria**

Una madrugada calurosa de verano, antes de que la aldea despertara, Don Quijote montó a Rocinante. La luz de la luna aún bañaba los campos, y el silencio era tan profundo que cada paso del caballo parecía anunciar un nuevo comienzo. Sin despedirse de nadie, salió por el portón en dirección a los caminos de la región, decidido a encontrar injusticias que corregir y aventuras que vivir.

No había recorrido mucha distancia cuando se dio cuenta de un detalle inquietante: **no había sido armado caballero**, es decir, no había recibido el ritual que convertía oficialmente a un hombre en caballero andante. Los libros insistían en que este acto era indispensable. Pensó entonces que el primer castillo que encontrara sería el lugar adecuado para que lo armaran caballero.

Tras varias horas de camino vio a lo lejos una venta humilde, con muros encalados y techo de paja. Pero en su imaginación la venta se transformó en un castillo alto, con torres y puente levadizo. Al acercarse, observó a dos mozas en la puerta, riendo mientras hablaban con un arriero. Él las vio como damas nobles que tomaban el fresco en la muralla del castillo.

—*"Doncellas, este caballero pide posada"* —dijo con voz solemne.

Las mujeres, sorprendidas, se miraron y estallaron en carcajadas. Don Quijote, convencido de que su risa era fruto de timidez y modestia, insistió en que le abrieran las puertas del "castillo".

El ventero, hombre astuto y acostumbrado a clientes peculiares, entendió enseguida la situación. Para evitar problemas, decidió seguirle la corriente. Lo llamó “señor caballero”, le ofreció una cena sencilla y le permitió dormir en el establo. Mientras Don Quijote comía con torpeza —la armadura le impedía mover los brazos bien— el ventero escuchó sus discursos sobre la caballería, la justicia y su amada Dulcinea.

En un momento dado, Don Quijote declaró:

—Necesito que vuestra noble persona me arme caballero, pues mañana quiero partir a corregir injusticias.

El ventero estuvo a punto de reír, pero se contuvo. Finalmente dijo que con gusto lo haría al amanecer, siempre y cuando él realizara la “vigilia de las armas”, tal como dictaban los libros.

Don Quijote pasó toda la noche en el patio, vigilando su armadura colocada sobre una pila de piedra. Cuando un arriero se acercó para dar agua a sus mulas, Don Quijote creyó que tocaba sus armas y lo golpeó violentamente. Otro arriero intentó intervenir y también recibió un porrazo. El ventero, temiendo que la situación empeorara, decidió terminar la ceremonia lo antes posible.

Así, usando el mango de una espada vieja, tocó los hombros de Don Quijote y pronunció unas palabras improvisadas. Con ello quedó “armado caballero”. Don Quijote, emocionado, agradeció el gesto y prometió honrar por siempre aquel castillo.

Al amanecer dejó la venta y avanzó por los caminos, orgulloso de haber cumplido el primer rito de su vida caballeresca.

### **CAPÍTULO 3 – Andrés y la justicia mal entendida**

No había recorrido gran distancia cuando escuchó unos gritos desgarradores. Se acercó y vio a un muchacho atado a un árbol, mientras su amo, un rico labrador, lo azotaba con una cuerda.

—¿Cómo osáis —gritó Don Quijote— castigar a este inocente sin razón?

El amo, sorprendido por la aparición de aquel hombre armado, intentó justificarse diciendo que el muchacho, llamado **Andrés**, descuidaba su trabajo y que merecía el castigo. Andrés, llorando, aseguró que era inocente y que su amo además le debía salarios atrasados.

Don Quijote, indignado, desenvainó la espada y obligó al labrador a liberar al joven. Le hizo jurar que pagaría lo debido y que lo trataría con justicia de allí en adelante. El amo, temeroso, prometió cumplir cada palabra.

—Marcha en paz, Andrés —dijo Don Quijote—. Si te maltratan de nuevo, basta con llamarme, y sabré defenderte.

Pero apenas Don Quijote y Rocinante se alejaron, el labrador amarró de nuevo al joven y le propinó una paliza aún más dura por haberle “acusado delante de un loco armado”.

Este episodio mostró por primera vez el lado trágico de las intenciones del caballero: **su deseo de hacer el bien carecía de un conocimiento real del mundo**, y su intervención de buena fe terminó empeorando la situación.

---

### **CAPÍTULO 4 – Los mercaderes de Toledo**

Avanzando por el camino, Don Quijote vio a un grupo de mercaderes que se dirigían a Murcia. Se trataba de hombres bien vestidos, acompañados de mozos y mulas cargadas con mercancías. Al verlos, el caballero pensó

que era la ocasión perfecta para obtener un reconocimiento público de la hermosura de Dulcinea.

Poniéndose en medio del camino, levantó la lanza y proclamó:

—Nadie pasará sin confesar que mi señora **Dulcinea del Toboso** es la más bella mujer sobre la faz de la tierra.

Los mercaderes, desconcertados, respondieron que no podían hacer tal declaración sin conocerla. Uno de ellos, burlón, añadió:

—Señor, muéstrenos al menos su retrato, y con gusto admitiremos su belleza.

Don Quijote sintió que aquella petición era una ofensa. Sin pensarlo dos veces, cargó contra ellos. Pero Rocinante, asustado por la velocidad del movimiento, tropezó y cayó. Los mercaderes aprovecharon el accidente para defenderse: golpearon al caballero para evitar que intentara levantarse y luego se marcharon.

Don Quijote quedó tirado en el suelo, sin poder levantarse por el peso de la armadura. Allí lo encontró un vecino de su aldea, que lo reconoció y lo llevó de vuelta a casa, mientras el caballero repetía una y otra vez:

—Todo esto es obra del malvado Frestón, que me persigue y quiere quitarme la gloria.

Así terminó su primera salida: maltrecho, humillado y lleno de fantasías.

---

## **CAPÍTULO 5 – El escrutinio de los libros: fuego, dudas y engaños**

Después del regreso forzado de Don Quijote a su casa, el cura, el barbero, la sobrina y el ama de llaves acordaron que había que poner remedio a la causa visible de su locura: **los libros de caballerías**. Todos sabían que aquellas obras fantásticas le habían arrebatado el juicio. La sobrina,

indignada, decía que los libros “habían embrujado la casa”; el ama aseguraba que “eran demonios disfrazados de papel.”

El cura y el barbero, más razonables pero igualmente preocupados, decidieron examinar uno por uno los volúmenes de la biblioteca de Don Quijote. Subieron al aposento donde se encontraban las estanterías de madera oscura. Al abrir la puerta, se encontraron con decenas de libros bien ordenados, muchos de ellos preciosos ejemplares encuadernados en cuero y con letras doradas.

—Aquí está el origen de todos sus males —dijo el barbero.

—Ojalá pudiéramos sanar su mente tan fácilmente como quemar estos volúmenes —respondió el cura.

Comenzaron el **escrutinio**, un proceso que fue mezcla de juicio literario, crítica mordaz y sátira. A algunos libros les reconocieron valor histórico o belleza estilística; a otros los condenaron sin piedad.

El cura abría las páginas, leía en voz alta fragmentos exagerados y preguntaba:

—¿Qué haces tú aquí, obra de delirios?

—Al fuego con él —sentenciaba el barbero.

La sobrina y el ama los arrojaban entonces al patio, donde se encendió una hoguera que comenzó a devorar historias de caballeros, princesas y prodigios mágicos.

Sin embargo, no todos los libros fueron destruidos. Algunos, como *Amadís de Gaula*, recibieron elogios. El cura, aunque crítico, reconoció ciertos méritos literarios y decidió conservarlo “por si acaso”. También salvaron otros pocos, ya fuera por aprecio personal o por no querer parecer demasiado severos.

Cuando Don Quijote recuperó un poco de fuerzas y preguntó por su biblioteca, las mujeres le dijeron con voz temblorosa:

—Ay, señor, un *encantador* vino de noche. Dijo llamarse **Frestón**, y se llevó todos los libros y cerró el aposento con un conjuro.

Don Quijote aceptó la historia sin cuestionarla. Para él, Frestón no solo era real, sino su enemigo mortal, empeñado en arruinar sus aventuras. Esta explicación, absurda para cualquiera, era perfectamente coherente dentro de su universo mental.

Aunque su cuerpo seguía fatigado, su espíritu ya planeaba la **segunda salida**, y nada —ni el fuego ni las explicaciones— apagaba el ardor caballeresco que ardía en su interior.

---

## **CAPÍTULO 6 – Sancho Panza acepta el cargo de escudero**

Con el tiempo, y ya recuperado físicamente, Don Quijote empezó a preparar todo para abandonar la aldea nuevamente. Decidió que en esta ocasión no partiría solo. Necesitaba un escudero fiel, alguien que llevara la alforja con comida, la bota de vino, las herramientas para cuidar a Rocinante, y, sobre todo, que pudiera ayudarle a interpretar las aventuras como un caballero debía vivirlas.

Pensó en su vecino, **Sancho Panza**, un labrador sencillo, corto de estatura, barrigón, buena persona, y conocido por sus refranes y su sentido práctico. Sancho tenía mujer e hijos, y pocas ambiciones más que mejorar la vida de su familia. Cuando Don Quijote le habló del proyecto, se mostró incrédulo al principio.

—Señor, yo no soy hombre de aventuras —dijo Sancho—. A mí me basta con trabajar mis tierras y tener pan en la mesa.

Entonces Don Quijote utilizó su mejor argumento:

—Sancho, si me sigues, te haré gobernador de una **ínsula**. Los caballeros andantes siempre recompensan a sus escuderos con territorios que ganan en sus hazañas.

El labrador abrió los ojos como quien descubre una mina de oro.

—¿Una ínsula? ¿Para mí?

—Sí, Sancho. Para ti y para los tuyos. Tú mandarás, tendrás sirvientes, vivirás sin preocupaciones. Solo debes acompañarme y servir como fiel escudero.

Sancho pensó en la propuesta durante una noche entera. Finalmente, decidió arriesgarse. Preparó un hatillo con pan, queso y tocino; cargó su viejo burro —llamado Rucio— y se presentó ante Don Quijote con la determinación de quien se lanza a una vida nueva.

—Aquí estoy, señor. Seré vuestro escudero.

Don Quijote lo recibió con alegría. Sin pérdida de tiempo, ambos salieron al amanecer. Sancho avanzaba lentamente sobre su asno; Don Quijote, erguido sobre Rocinante, se veía más transformado que nunca en un caballero de leyenda, aunque su armadura gastada contara otra historia.

Por el camino, Sancho comenzó a preguntar detalles prácticos:

—Señor, ¿y cómo sabe uno cuándo encuentra una ínsula?

—No es difícil, Sancho. Cuando conquiste una, sabré cuál te corresponde.

—¿Y qué tengo que hacer para ser gobernador?

—Solo mostrar prudencia, valentía y lealtad.

Sancho asentía, imaginando castillos, salas de banquetes y sirvientes dispuestos a obedecerlo. Mientras tanto, Don Quijote hablaba de gigantes, encantadores y aventuras extraordinarias. Los dos viajaban juntos, pero sus fantasías raramente coincidían. Aun así, compartían una ilusión que los unía: la certeza de que algo importante estaba a punto de suceder.

---

## **CAPÍTULO 7 – La aventura de los molinos: gigantes que giran al viento**

Tras varios días de camino, bajo un sol que caía como plomo sobre las colinas de La Mancha, Don Quijote avistó en la distancia una hilera de **molinos de viento**. Eran enormes estructuras blancas, con aspas que giraban lentamente impulsadas por la brisa.

Pero para el caballero, aquellas máquinas no eran simples molinos. Su imaginación, siempre alerta, las transformó al instante.

—¡Deteneos, Sancho! —gritó, levantando la lanza—. Allí veo treinta o más **gigantes**, criaturas perversas que debemos abatir para gloria de Dulcinea.

Sancho, que tenía mejor vista y más sentido común, replicó:

—Señor, que no son gigantes, sino molinos de viento; y lo que en ellos parecen brazos son las aspas que mueven con el viento.

Pero Don Quijote no escuchó. Para él, la realidad era maleable, y su mente decidía qué era verdad y qué no. Espoleó a Rocinante, que avanzó con dificultad, y alzó la lanza con determinación.

—No huyáis, cobardes seres —proclamó—, que un solo caballero basta para acabar con vuestra arrogancia.

Sancho gritó detrás, desesperado:

—¡Señor, que mire que son molinos!

Sin embargo, la lógica del escudero chocaba contra la fantasía del caballero. Cuando Don Quijote llegó frente al primer molino, una ráfaga de viento hizo girar las aspas con fuerza. Una de ellas golpeó su lanza, la partió en pedazos y lanzó al pobre hidalgo por los aires. Cayó de espaldas, la armadura resonando como campanas huecas.

Sancho corrió a ayudarlo.

—¿No le dije yo, señor?

—Calla, Sancho —respondió Don Quijote, dolorido—. El sabio **Frestón** ha cambiado a los gigantes en molinos para quitarme la gloria. Pero no podrá vencerme siempre.

A pesar de los golpes, Don Quijote no perdió ni el ánimo ni la fe. Era como si cada fracaso reforzara su convicción de que estaba destinado a grandes hazañas.

Sancho lo ayudó a montar de nuevo en Rocinante, y continuaron su camino, uno suspirando por la falta de juicio de su amo, el otro suspirando por las conspiraciones imaginarias de los encantadores.

---

## **CAPÍTULO 8 – El vizcaíno y la bacía de Mambrino**

Poco después de la aventura de los molinos, Don Quijote y Sancho se toparon con una dama noble que viajaba en una carroza escoltada por un **vizcaíno** corpulento. Hubo un malentendido cuando Don Quijote quiso detener la comitiva para ofrecer sus servicios caballerescos. El vizcaíno, irritado, se interpuso y le ordenó apartarse.

—Apartaos vos, señor caballero —dijo Don Quijote—, que no permitiré que nadie ofenda a una dama en mi presencia.

El vizcaíno, que no era hombre de muchas palabras, respondió sacando una espada. Don Quijote hizo lo mismo, y comenzaron un combate torpe y ruidoso, lleno de movimientos bruscos, golpes fallidos y maldiciones.

A pesar de su falta de habilidad, Don Quijote consiguió herir levemente al vizcaíno, quien cedió y permitió que la dama continuara su camino. El caballero se sintió victorioso, como si hubiera salvado un reino de un tirano.

Sancho, mientras tanto, recogía los pedazos de lanza y trataba de calmar los nervios.

Aún no habían recuperado el aliento cuando, al doblar un recodo del camino, vieron a un barbero montado en una mula. Para protegerse de la lluvia, el barbero llevaba en la cabeza una **bacía de latón** que brillaba a lo lejos.

Don Quijote, sin dudar un segundo, exclamó:

—¡Sancho! ¡Aquella es la **yelmo de Mambrino**, el más famoso casco jamás forjado!

Sancho entrecerró los ojos.

—Señor, yo creo que es una bacía de barbero. Se parece mucho.

—Sancho —respondió el caballero con tono solemne—, tú no comprendes las artes de los encantadores. Ellos transforman lo verdadero en falso para confundir a los valientes.

Y antes de que Sancho pudiera responder, Don Quijote cargó contra el barbero. Este, asustado, saltó de la mula y huyó dejando atrás la bacía, que Don Quijote recogió triunfalmente.

—Este yelmo será mi protección en futuras batallas —dijo—. Bien se nota que estoy destinado a grandes empresas.

Sancho, resignado, no insistió. Sabía que discutir con su amo sobre lo que era o no era encantamiento no servía para nada.

Mientras avanzaban, Don Quijote llevaba la “yelmo” con orgullo, y Sancho, detrás, sonreía con una mezcla de ternura, preocupación y acostumbrada paciencia.

## **CAPÍTULO 9 – Los galeotes: libertad mal entendida**

Después de varias horas de camino bajo un sol abrasador, Don Quijote y Sancho se encontraron con un grupo de soldados que conducían a **unos doce hombres encadenados**. Los presos caminaban fatigados, con grilletes en los pies y las manos atadas, vigilados por dos guardias armados.

Sancho observó la escena con respeto, pero Don Quijote se sintió inmediatamente conmovido al verlos así. Para él, la injusticia era intolerable, y cualquier hombre en cadenas merecía atención, incluso si su situación estaba dictada por la ley.

—¿Por qué lleváis a estos hombres de este modo? —preguntó Don Quijote, acercándose con solemnidad.

Uno de los guardias respondió con tono práctico:

—Son galeotes, condenados por delitos graves. Los llevamos a las galeras del rey, donde pagarán sus culpas remando.

Don Quijote frunció el ceño. La explicación legal no bastaba para su mente acostumbrada a los relatos caballerescos.

—¿Y qué delitos han cometido estos caballeros? —insistió.

Los guardias se miraron entre ellos, sorprendidos de que alguien llamara “caballeros” a aquellos delincuentes. Pero accedieron a explicar los cargos.

El primer galeote confesó que había robado una cesta llena de ropa. Otro reconoció haber hurtado dinero. Un tercero, más hablador, declaró que estaba allí por cantar demasiado bien: “La envidia me llevó a este estado”, dijo con tono teatral. Los demás tenían delitos más serios: estafas, secuestros y agresiones.

Sancho, impresionado, murmuró:

—Señor, aquí no hay santos.

Pero Don Quijote, escuchando solo lo que quería oír, concluyó que las penas eran exageradas y que **la libertad era un derecho que debía ser restaurado.**

—Amigos —dijo a los galeotes—, hoy recuperaréis vuestra libertad en nombre de Dulcinea del Toboso.

Los guardias trataron de detenerlo, pero Don Quijote arremetió contra ellos con tal ímpetu que los soldados se vieron obligados a retroceder. Sancho, horrorizado, intentó alejarse un poco, temiendo que aquello terminaría muy mal.

Don Quijote rompió las cadenas de los galeotes, quienes rápidamente se sacaron los grilletes y celebraron su libertad.

—Ahora, buenos hombres —dijo Don Quijote—, solo os pido que vayáis al Toboso y os presentéis ante la sin par Dulcinea para agradecerle esta merced.

Los galeotes se miraron unos a otros. El de lengua más afilada, Ginés de Pasamonte, respondió:

—Señor, iremos a donde nuestro gusto nos lleve, y no donde vos queráis.

Y acto seguido, los recién liberados **apedrearon a Don Quijote y a Sancho** antes de escapar entre risas. Fue una escena cruel y violenta. Rocinante se encabritó, Sancho rodó por el suelo, y Don Quijote quedó magullado y lleno de polvo.

—¿Ve vuestra merced? —dijo Sancho mientras los ayudaba a levantarse—. Así paga la mala gente los favores.

Don Quijote suspiró, triste pero no derrotado:

—El sabio Frestón lo ha hecho, Sancho. Él ha nublado su juicio para que no reconozcan su obligación.

Sancho negó con la cabeza. Aquello era un desastre tras otro, y aun así su amo seguía creyendo que era un héroe en medio de un encantamiento universal.

---

## **CAPÍTULO 10 – Sierra Morena: soledad, locura y penitencia**

Tras el ataque de los galeotes, Don Quijote y Sancho avanzaron hacia una zona montañosa conocida como **Sierra Morena**, un lugar solitario, cubierto de robles y matorrales, con sendas estrechas que parecían hechas para fugitivos y animales salvajes.

Sancho estaba somnoliento, y Don Quijote, silencioso. Un ambiente de melancolía cubría a ambos. De repente, encontraron una maleta vieja junto al camino, rota y sucia, de la que sobresalían algunas cartas y monedas. Don Quijote interpretó el hallazgo como señal de una “aventura mayor”.

Las cartas revelaban el nombre de un hombre desesperado: **Cardenio**, enamorado y traicionado. No tardaron en encontrarlo. Cardenio apareció como un espectro: ropa desgarrada, barba desordenada, ojos inflamados por el llanto.

—¿Quién sois, caballero? —preguntó Don Quijote con suavidad.

Cardenio, desconfiado, contó su historia: había sido engañado por su mejor amigo, Don Fernando, quien le había arrebatado a su amada, Luscinda. El dolor lo había llevado a huir al monte, donde vivía como un asceta.

Don Quijote, conmovido, se sintió identificado con el sufrimiento amoroso.

—También yo sufro por mi dama —dijo, poseído por la retórica caballeresca—. Por eso debo realizar penitencia en esta sierra, como hicieron los héroes antiguos.

Sancho abrió los ojos, alarmado:

—¿Penitencia? ¿Aquí?

—Sí, Sancho. Haré actos de locura por amor, para que Dulcinea admire mi constancia.

Y sin más explicación, Don Quijote empezó a practicar “locuras”: rodaba por la hierba, recitaba poemas, gritaba el nombre de Dulcinea al viento y prometía cortar árboles o luchar contra fieras si era necesario.

Sancho lo observaba con creciente inquietud.

—Señor, ¿no es mejor que enviemos carta a Dulcinea para que sepa lo que está haciendo vuestra merced?

Don Quijote se iluminó:

—¡Es verdad! Llevarás tú la carta, Sancho. Ve al Toboso, salúdame a Dulcinea y dile que mi corazón sangra por ella.

Sancho palideció. Sabía que encontrar a Dulcinea era una misión complicada: jamás había visto a Aldonza Lorenzo, y temía la reacción de la moza cuando le hablaran de “caballeros y hazañas”.

Don Quijote le entregó la carta, escrita con esfuerzo sobre un pedazo de pergamino gastado. Sancho la guardó en su camisa y, murmurando refranes para darse ánimo, emprendió el camino de vuelta hacia la comarca.

Mientras tanto, Don Quijote permaneció en la sierra, más convencido que nunca de su misión, repitiendo frases como “*Las penas de amor son mi espada*” y “*El valor es mi escudo*”. Sin saber que la historia estaba a punto de volverse mucho más complicada.

## **CAPÍTULO 11 – Cardenio, Dorotea y la comedia del destino**

Sancho no había avanzado mucho cuando se encontró con el cura y el barbero del pueblo, que habían salido a buscar a Don Quijote. Al escuchar la noticia de que el hidalgo estaba en Sierra Morena haciendo penitencia, ambos se alarmaron y decidieron acompañar a Sancho.

Mientras tanto, en otro rincón de la sierra, una mujer joven y angustiada caminaba con paso fatigado. Era **Dorotea**, una labradora honrada que había sido seducida y abandonada por Don Fernando, el mismo hombre que traicionó a Cardenio.

El destino quiso que Dorotea se cruzara con el cura, el barbero y Sancho. Entre lágrimas, les contó su historia. El cura, hombre de buena voluntad, ideó un plan para unir piezas y atraer a Don Quijote fuera de la montaña.

—Dorotea —dijo—, necesitamos vuestra ayuda. Don Quijote ha perdido el juicio, pero sigue creyéndose caballero. Si vos fingís ser una princesa en peligro, él acudirá a salvaros.

Dorotea dudó, pero al final aceptó. Se vistió con lo que pudo para parecer una dama noble y adoptó el nombre ficticio de **Princesa Micomicona** del reino de “Micomición”.

Cuando encontraron a Don Quijote, este estaba sentado sobre una roca escribiendo versos en honor a Dulcinea. Al ver a Dorotea arrodillarse ante él, quedó impresionado.

—Valeroso caballero —dijo ella—, un gigante ha usurpado mi reino. Vengo a pedir os ayuda.

Don Quijote, lleno de energía, respondió con firmeza:

—Contad con mi espada, señora. Ningún gigante quedará vivo si amenaza vuestra paz.

Sancho frunció el ceño. Él sabía que aquella princesa era Dorotea, pero comprendió que todo era una estrategia para devolver al caballero al pueblo. Le pareció un engaño piadoso.

Caminaron juntos hacia una venta cercana, que Don Quijote volvió a confundir con un castillo. Allí, como si la sierra fuera un escenario teatral, apareció también **Cardenio**, quien al ver a Dorotea reconoció el nombre de Don Fernando y comenzó a unir las piezas de su tragedia.

Poco después llegaron más viajeros —entre ellos Don Fernando y Luscinda—, y se produjo un reencuentro dramático. Don Fernando, arrepentido al ver a Dorotea, admitió sus errores. Luscinda cayó en brazos de Cardenio, y por un instante, la venta se convirtió en una sala de justicia donde el amor y el perdón triunfaron sobre la mentira.

Sancho observaba todo, confundido y maravillado. Don Quijote, por su parte, seguía absorto en la misión con la “princesa”, sin comprender del todo que ya no había reino que salvar.

---

## **CAPÍTULO 12 – Enredos en la venta: peleas, malentendidos y el manteo de Sancho**

La venta donde se encontraban se convirtió, durante aquellas horas, en un lugar desbordado de personajes, tensiones y situaciones inexplicables. El ventero, acostumbrado a recibir viajeros, jamás había visto tanto desorden junto: nobles reconciliados, sacerdotes, barberos, un loco armado, un escudero barrigudo y una falsa princesa que hablaba con voz solemne.

Esa noche, Don Quijote insistió en montar guardia en el patio, imitando a los caballeros medievales que velaban sus armas. Esto dio lugar a varios malentendidos: creyó que unos arrieros intentaban insultar a la

“princesa”, golpeó a un muchacho que simplemente iba a por agua y estuvo a punto de pelearse con un soldado hospedado en la venta.

Sancho era quien sufría las consecuencias más duras. En un momento de la noche, unos huéspedes aburridos decidieron **mantearlo**: lo cogieron entre varios y lo lanzaron al aire una y otra vez, usando una manta como catapulta humana. Sancho gritaba desesperado:

—¡Por la Virgen, que me rompen los huesos!

Pero los hombres se reían más y más. Cuando al fin cayó al suelo, Sancho estaba pálido, mareado y furioso.

—¡Señor! —dijo después a Don Quijote—. ¡Cuántas veces he de sufrir por seguirle! ¡Esto no lo hace ningún escudero sensato!

Don Quijote respondió con gravedad:

—Sancho, has de saber que los encantadores son los causantes de tus dolores. Ellos quieren impedir que yo alcance mi destino.

Sancho murmuró:

—Pues esos encantadores tienen buen brazo para lanzarme como si fuera un saco de trigo...

Al amanecer, el cura y el barbero decidieron que aquel caos debía terminar. Prepararon una carreta y una jaula, y con la ayuda de Dorotea y Cardenio, convencieron a Don Quijote de que estaba **encantado y debía ser llevado de regreso al reino de su princesa para romper el hechizo**.

Don Quijote, creyéndose víctima de una conspiración mágica, aceptó resignado. Sancho caminaba a su lado, abatido y agotado, aunque íntimamente aliviado por la posibilidad de volver a casa.

Así terminó la primera gran parte de sus aventuras: entre malentendidos, risas y lágrimas, en una venta convertida en escenario donde cada quien representó un papel inesperado.

---

### **CAPÍTULO 13 – El regreso encantado: jaula, engaños y dudas**

Don Quijote, convencido de que estaba preso por artes de encantamiento, fue colocado por el cura y el barbero en una **jaula de madera**, montada sobre una carreta tirada por bueyes. Desde el interior del improvisado “carro de encantado”, el hidalgo miraba el horizonte con una mezcla de resignación y solemne dignidad.

Sancho caminaba al lado de la carreta, más preocupado que nunca. Muchas veces se acercaba a la jaula y decía en voz baja:

—Señor, ¿está vuestra merced cómodo ahí dentro?

—No, Sancho —respondía Don Quijote—, pero debo soportarlo. Los encantadores me han aprisionado así para impedir mis hazañas. Sin duda temen que libere algún reino o derrote a algún gigante.

El carretero, divertido, movía la cabeza sin comprender cómo alguien podría creer aquella historia. Pero Don Quijote no veía una jaula; veía una prisión misteriosa obra de un mago poderoso.

El cura y el barbero, que iban a caballo delante de la carreta, hablaban en voz baja sobre el plan:

—Ojalá podamos llevarlo a su casa sin incidentes —dijo el barbero—. Si descubre el engaño, puede volverse más loco aún.

—Paciencia —respondió el cura—. Lo hacemos por su bien. Cuando esté en su hogar, podremos vigilarlo mejor.

A pesar del engaño, los dos estaban sinceramente preocupados por el hidalgo. Lo apreciaban. Lo habían visto ser amable, generoso y noble en

muchas ocasiones. Su locura, aunque difícil de manejar, era un sueño de justicia en un mundo duro.

Durante una parada para comer, Sancho se atrevió a expresar lo que le preocupaba:

—Señores —preguntó tímidamente—, si mi amo está encantado, ¿por qué él tiene sed, hambre y hasta ganas de dormir? Yo pensaba que los encantados no necesitaban nada de eso.

El cura, sorprendido por la lógica sencilla del escudero, respondió con rapidez:

—Sancho, los encantamientos son muy variados. Hay encantados que duermen, otros que no; algunos sienten hambre, otros no. Todo depende del encantador.

Sancho no quedó convencido, pero prefirió no discutir.

Una noche, mientras reposaban cerca de un río, un grupo de jóvenes caminantes se acercó a la carreta. Al ver al caballero encerrado, preguntaron al cura qué había sucedido. El cura inventó una versión elaborada:

—Este caballero, por su extraordinario valor, fue encantado por un mago para impedir que salve a una princesa en apuros. Ahora debemos llevarlo ante el sabio Tirso, quien romperá el hechizo.

Los jóvenes quedaron impresionados. Don Quijote, escuchando la historia, sintió un gran orgullo, como si su misión fuese tan admirable que incluso los magos se preocuparan por él.

Al día siguiente, llegaron finalmente a la aldea. Las mujeres del hogar, la sobrina y el ama, corrieron a recibir a Don Quijote con lágrimas en los ojos. Para ellas, verlo encerrado en una jaula era doloroso, pero se tranquilizaron al saber que no estaba herido.

Lo liberaron del cerco de madera. Don Quijote salió despacio, como un prisionero liberado por fin de una cueva mítica. Caminó hacia su cuarto, se acostó y, sin quitarse la armadura, cayó profundamente dormido.

Así terminó su **primera gran salida**, un viaje que mezcló heroísmo, locura, compasión, engaños y sueños imposibles. Pero la calma duraría poco: la mente del caballero ya buscaba nuevas rutas, nuevas hazañas y nuevos horizontes.

---

## **CAPÍTULO 14 – Fama inesperada: la Segunda Parte comienza**

Pasaron varias semanas tranquilas en la aldea. Don Quijote se recuperó físicamente, aunque mentalmente seguía absorto en sus fantasías caballerescas. Sancho, por su parte, alternaba entre el deseo de nuevas aventuras y el miedo de que estas acabaran como las anteriores, con golpes y humillaciones.

Un día llegó al pueblo un joven estudiante llamado **Sansón Carrasco**, muy leído y con gusto por las bromas. Llevaba consigo un ejemplar de un libro recién impreso: **la historia de Don Quijote de la Mancha**, escrita por un tal “Cide Hamete Benengeli”.

Don Quijote y Sancho escuchaban atónitos mientras Sansón leía fragmentos de sus vidas convertidas en literatura. Don Quijote se emocionó al descubrir que sus hazañas ya circulaban por toda España.

—¿Veis, Sancho? ¡Somos famosos!

—Eso dicen —respondió Sancho—, pero en el libro salen también los palos que hemos recibido.

Sansón sonrió:

—La gente habla de vos con admiración, señor Don Quijote. Unos creen que sois loco; otros, un sabio que vive como nadie se atreve a vivir.

Estas palabras inflaron el espíritu del hidalgo. Y la idea de una **segunda salida** comenzó a crecer nuevamente en su corazón.

Sancho, al principio temeroso, terminó aceptando. Después de todo, seguía soñando con la famosa ínsula que se le había prometido.

Pero esta vez, Don Quijote quería preparar mejor el viaje: revisó su armadura, afiló su espada, reparó la lanza rota en la aventura de los molinos y limpió a fondo a Rocinante. Sancho revisó las alforjas, llenándolas de pan, cebolla, queso y vino.

La sobrina y el ama lloraron al ver que se repetía la historia, pero nada podía detener la voluntad del caballero.

Finalmente, una mañana de julio, cuando el sol apenas pintaba de rojo los campos de trigo, Don Quijote salió de su aldea por segunda vez, acompañado del fiel Sancho.

Ambos ignoraban que esta segunda salida sería mucho más sorprendente, más profunda y más peligrosa que la primera.

---

## **CAPÍTULO 15 – El encuentro con los leones**

Apenas llevaban unos días en camino cuando se encontraron con una carreta escoltada por varios hombres. La carreta llevaba dos enormes jaulas cubiertas por lonas gruesas.

—¿Qué transportáis? —preguntó Don Quijote.

—Dos **leones vivos** destinados al rey —respondió un arriero.

Don Quijote sintió una chispa de valentía temeraria.

—Abrid esas puertas. Dejad salir a las bestias. Hoy enfrentaré mi destino.

Los arrieros palidecieron. Sancho casi se desmayó.

—¡Señor! ¡Por amor de Dios, no provoque a los leones! ¡Es una locura!

Pero Don Quijote estaba decidido. Para él, enfrentar a los leones era la oportunidad perfecta para demostrar su valor ante todo el mundo... y ante Dulcinea.

Los hombres, temiendo que el caballero los atacara, aceptaron abrir la primera jaula. Un enorme león macho apareció, bostezando, mostrando dientes afilados. Dio dos pasos hacia afuera, se detuvo... y se volvió a meter en la jaula.

Sancho cayó de rodillas, temblando.

—¡Milagro! ¡El león lo respeta!

Don Quijote, sorprendido pero satisfecho, proclamó con orgullo:

—El león me ha reconocido como su superior. Este día quedará escrito en la historia. Desde ahora me llamaré **El Caballero de los Leones**.

Los arrieros cerraron la jaula de inmediato, felices de evitar una tragedia. Y aunque Sancho no estaba tan convencido de la gloria de aquel episodio, reconoció que todo había salido menos mal de lo esperado.

Don Quijote, emocionado, continuó su camino, sintiendo que aquella proeza demostraba que estaba destinado a grandes cosas.

---

## **CAPÍTULO 16 – La cueva de Montesinos: realidad, sueño y fantasía**

Tras varios días de marcha llegaron a un lugar famoso por las leyendas que se contaban sobre él: **la cueva de Montesinos**, situada en un valle cubierto de encinas. Según relatos antiguos, dentro de aquella cueva vivían personajes encantados de la tradición caballeresca.

Don Quijote, fascinado, quiso descender para comprobar la verdad.

Sancho no estaba nada convencido, pero el caballero insistió.

Buscaron una cuerda larga y un guía de la región que ayudara en la expedición. Don Quijote se colocó la cuerda alrededor de la cintura, se santiguó y dijo:

—Sancho, si muero, dile a Dulcinea que mi último pensamiento fue para ella.

—¡No diga eso, señor! —respondió el escudero, casi con lágrimas—. ¡Baje rápido y suba más rápido aún!

Lo descendieron lentamente. Una vez que Don Quijote desapareció en la oscuridad, Sancho se quedó esperando en silencio, inquieto. Cada minuto se hacía eterno.

Tras casi una hora, tiraron de la cuerda y recuperaron a Don Quijote, quien aparecía con el rostro iluminado por una mezcla de emoción y asombro.

—Sancho —dijo con tono solemne—, he visto maravillas. He estado con Montesinos mismo, con Durandarte y Belerma. Están encantados, viviendo en un tiempo detenido. Y allí vi también a Dulcinea, pero transformada por un hechizo: parecía una campesina, tosca y sin gracia.

Sancho tragó saliva. Sabía que la desfiguración de Dulcinea era fruto de su propia mentira anterior, y ahora el relato de Don Quijote añadía una capa más de confusión.

—Señor —respondió—, ¿está seguro de que no fue un sueño?

—¿Sueño? ¡No! Estuve allí, y hablé con ellos. El tiempo en la cueva es distinto.

Sancho decidió callar. No tenía ninguna prueba para negar la historia, y sospechaba que discutir con su amo solo daría lugar a más fantasías.

A medida que se alejaban de la cueva, Don Quijote no dejaba de narrar todo lo que había visto. Sancho, sin embargo, se preguntaba si la realidad

estaba convirtiéndose en un cuento... o si el cuento ya se había tragado la realidad.

---

## **CAPÍTULO 17 – Dulcinea encantada: verdad, mentira y fe**

Después de la aventura en la cueva de Montesinos, Don Quijote siguió reflexionando sobre la figura de Dulcinea. Estaba convencido de que la visión de su dama transformada era una prueba dolorosa enviada por los encantadores, especialmente por el traicionero Frestón. Sancho, por su parte, caminaba en silencio, sintiendo cómo la mentira que había inventado crecía y se enredaba con las fantasías de su amo.

El calor de la tarde hacía vibrar el aire. Cuando llegaron a un cruce de caminos, Don Quijote se detuvo.

—Sancho —dijo con tono grave—, deseo ver a Dulcinea con mis propios ojos. No puedo seguir sin comprobar su estado.

Sancho tragó saliva. Sabía perfectamente que no habían visitado a Aldonza Lorenzo y que la transformación de Dulcinea era solo una excusa para justificar su propia invención. Pero ahora no tenía escapatoria.

—Bueno, señor —respondió—, busquemos entonces a la señora Dulcinea.

Cabalgaron hacia el Toboso. Sancho iba delante, rezando en silencio para que el azar ofreciera alguna solución. Don Quijote, detrás, recitaba versos antiguos y suspiraba profundamente.

Al entrar en los alrededores del pueblo, Sancho vio a **tres campesinas** que montaban burros, regresando del campo con sacos de cereal. Un impulso desesperado lo llevó a señalar hacia ellas.

—¡Señor! Allí viene Dulcinea... y sus dos doncellas.

Don Quijote entrecerró los ojos. Lo que veía eran tres mujeres sencillas, rudas de aspecto, con las faldas cubiertas de polvo. Pero, guiado por su imaginación y el deseo de creer, dijo:

—Sancho... no veo a Dulcinea por ninguna parte.

—¡Ah, señor! Ella está encantada, como vuestra merced vio en la cueva. Los encantadores le han cambiado su figura. Pero es ella, sin duda.

Las mujeres se acercaron sin prestar atención a los dos viajeros. Sancho las saludó con exagerada cortesía:

—¡Dios guarde a vuestra merced, señora Dulcinea!

Una de las campesinas lo miró con desconcierto.

—¿Qué dice este hombre? —preguntó a sus compañeras.

Don Quijote cayó de rodillas ante la mujer que Sancho había señalado.

—Dulcinea, luz de mi alma, ¿no me reconocéis?

La campesina, asustada, espoléó a su burro y se alejó apresuradamente, seguida por las otras dos.

Cuando desaparecieron en la distancia, Don Quijote quedó inmóvil, mirando el polvo del camino.

—Sancho... esto es obra del más cruel encantamiento. Mi dama, la más hermosa del mundo, convertida en una vulgar aldeana...

Sancho sintió un profundo remordimiento.

—Señor —balbuceó—, los encantadores son muy poderosos. Todo esto... yo no tengo culpa.

Don Quijote colocó una mano sobre su hombro.

—No importa, amigo Sancho. La fe y el amor vencerán. Tengo esperanza de que algún día el encantamiento se rompa.

Sancho suspiró. Su mentira había tomado vida propia, y ahora era demasiado tarde para retroceder.

---

## **CAPÍTULO 18 – El Caballero del Bosque: máscaras y desafíos**

Continuaron su camino hacia la costa, siguiendo senderos rurales que serpenteaban entre encinas y olivares. Una noche, al caer el sol, encontraron un pequeño claro en medio de un bosque silencioso. Decidieron acampar allí.

Sancho encendió una hoguera mientras Don Quijote se retiró a rezar y contemplar las estrellas. De pronto, entre las sombras, oyeron una voz grave:

—¿Quién osa ocupar mi refugio?

Apareció un caballero vestido con una armadura brillante, acompañado de un escudero aún más extraño: un hombrecito con capa demasiado grande para su tamaño. Don Quijote se levantó con elegancia.

—Soy Don Quijote de la Mancha, caballero andante. Busco aventuras y defendiendo la justicia.

—¿Don Quijote? —dijo el recién llegado—. ¡Pues yo soy el **Caballero del Bosque**, famoso por derrotar a innumerables héroes! Y vengo a anunciaros vuestra derrota, pues juro que he vencido a vos anteriormente, según cuentan por Castilla.

Don Quijote se indignó:

—Eso es imposible. Nadie me ha derrotado.

Sancho miró al extraño escudero. Le parecía familiar, aunque no lograba recordar de dónde.

El Caballero del Bosque lanzó un reto:

—Luchemos al amanecer. El perdedor deberá confesar la superioridad del otro.

Sancho tembló, temiendo otra paliza para su amo. Pero Don Quijote aceptó sin dudar. Pasaron la noche en tensión.

Al amanecer, la luz filtrada entre los árboles creó un ambiente casi mágico. Ambos caballeros tomaron posiciones, lanzas en ristre. Cuando cargaron uno contra el otro, el silencio del bosque se quebró con el estruendo del choque.

Don Quijote, sorprendentemente, embistió con más fuerza que su oponente, derribándolo. La armadura del Caballero del Bosque cayó rodando, y su casco se desprendió.

—¡Señor! —gritó Sancho—. ¡Es Sansón Carrasco!

El joven bachiller, derrotado y lleno de polvo, confesó que él había adoptado esa identidad para vencer a Don Quijote y obligarlo a regresar a casa. Pero su plan había fracasado.

Don Quijote lo perdonó con magnanimidad:

—Marchad en paz, caballero. La fortuna ha decidido que hoy sea yo el vencedor.

Carrasco, avergonzado, juró que volvería a intentarlo en otra ocasión.

---

## **CAPÍTULO 19 – El duque y la duquesa: castillos, burlas y un teatro viviente**

Una semana después, Don Quijote y Sancho llegaron a los dominios de un **duque y una duquesa** que, habiendo leído la historia de sus aventuras, deseaban conocerlos para divertirse a su costa.

Cuando los dos caballeros llegaron a la entrada del castillo, fueron recibidos con honores exagerados: trompetas, criados arrodillados, y un mayordomo que proclamaba:

—¡Entrad, glorioso Don Quijote, espejo de la caballería! ¡Entrad vos también, prudente Sancho Panza!

Don Quijote, encantado por tanta cortesía, bajó de Rocinante con orgullo. Sancho, aunque desconfiado, disfrutó secretamente del trato noble.

El duque y la duquesa eran expertos en burlas elegantes. Prepararon una serie de espectáculos para entretenerse con la credulidad del caballero:

1. **Una cacería falsa**, donde criados disfrazados de monstruos fingían perseguir a Don Quijote.
2. Un banquete donde dos criados, disfrazados de hechiceros, recitaron profecías que el caballero tomó por verdaderas.
3. Un espectáculo nocturno con antorchas y tambores, en el que una criada disfrazada de princesa lloraba por un encantamiento inventado.

Aunque todo era una broma elaborada, Don Quijote lo interpretaba como si fuera una parte más de su destino caballeresco. Sancho, atrapado entre la diversión y el miedo, trató de seguir el ritmo.

Pero lo más extraordinario ocurrió cuando el duque anunció:

—Sancho Panza, pronto gobernarás una **ínsula**.

Sancho sintió que su sueño se hacía realidad. Don Quijote, orgulloso de su escudero, creyó que la promesa era seria, sin saber que el duque estaba organizando otra burla más cruel.

El castillo se convirtió para Don Quijote en un escenario vivo, lleno de ilusiones y peligros inventados. Pero para el duque y la duquesa, era el teatro perfecto donde reír de la ingenuidad de sus invitados.

---

## **CAPÍTULO 20 – La ínsula Barataria: Sancho gobernador**

Los duques querían llevar su broma al extremo. Prepararon un pequeño pueblo de sus tierras para convertirse temporalmente en la **ínsula Barataria**, el territorio que Sancho gobernaría.

Sancho llegó montado en su burro, acompañado de trompetas y risas. Al entrar en la plaza principal, los habitantes —instruidos por el mayordomo— lo recibieron diciendo:

—¡Viva el gran gobernador Sancho Panza!

Sancho, abrumado, se santiguó. No sabía si debía sonreír, llorar o huir. Pero recordó las palabras de Don Quijote: “Sé prudente, Sancho. Un gobernador debe ser sabio”.

Durante el primer día, Sancho tuvo que resolver varios pleitos curiosos:

1. **Un hombre que acusaba a otro de robarle el agua del pozo**, aunque el pozo estaba en terreno público.
2. **Dos comerciantes que discutían por la calidad de una manta**, una de ellas supuestamente “encantada”.
3. **Un caso de honor conyugal**, donde él supo ver la verdad más allá de las apariencias.

Contra todo pronóstico, Sancho resolvió cada uno con sorprendente sensatez. Su fama creció rápidamente.

Pero la ínsula era también un escenario de burlas. Los criados del duque lo sometieron a pruebas absurdas:

—Le servían comidas ricas... pero no lo dejaban comer.

—Le obligaban a mantenerse en vela, diciéndole que un enemigo lo acechaba cada noche.

—Organizaban falsas rebeliones que él debía sofocar.

Sancho, agotado y hambriento, empezó a dudar de si gobernar era un privilegio o un castigo. Una noche, después de un ataque simulado que casi lo deja sin aliento, decidió que había tenido suficiente.

—Prefiero volver con mi amo —dijo— y vivir sin preocupaciones.

Abandonó la ínsula, llevando solo su dignidad. Al reencontrarse con Don Quijote, se abrazaron con alegría.

—Señor —dijo Sancho—, ya no quiero gobernar ínsulas. Prefiero ser vuestro escudero.

—Sancho —respondió Don Quijote—, la vida misma es una aventura. Y tú has demostrado ser un sabio de verdad.

---

## **CAPÍTULO 21 – Clavileño: el caballo de madera que voló sin moverse**

Tras la renuncia de Sancho a la ínsula Barataria, ambos regresaron al castillo de los duques. Estos se alegraron enormemente al verlos, aunque su alegría nacía más del deseo de seguir burlándose de ellos que del cariño verdadero. Apenas llegaron, el mayordomo anunció:

—Señores, esta noche llegará un mensajero de parte de la princesa Magalona, trayendo noticias terribles sobre un hechicero que amenaza su reino.

Don Quijote se puso alerta. Sancho, recordando sus malas experiencias con “hechiceros”, suspiró con resignación.

Por la noche, los duques organizaron un espectáculo en el patio: antorchas, tambores y un aire de misterio. Apareció una doncella llorando, diciendo que el gigante Malambruno había encantado a varias damas y que solo un caballero valiente podía romper el hechizo.

—Ese caballero soy yo —dijo Don Quijote con solemnidad.

Entonces trajeron al patio un extraño objeto: **un caballo de madera**, enorme, con una clavija en la frente. Su nombre era **Clavileño el Alígero**. Tenía alas talladas de forma rudimentaria y una apariencia cómica más que majestuosa.

—Para romper el encantamiento —explicó el mayordomo—, deberéis montar este caballo. Una vez giréis la clavija, volará por los cielos hasta el reino de la princesa.

Sancho abrió enormemente los ojos.

—¿Volará, dice? —preguntó—. Señor, mis huesos ya han volado demasiadas veces.

Pero Don Quijote no dudó ni un instante.

—Sancho, sube detrás de mí. Nuestro deber nos llama.

Entre suspiros y temblores, Sancho se acomodó en la parte trasera. Los duques ordenaron vendarles los ojos “para resistir mejor el viento celestial”. En realidad, era para que no vieran la farsa que prepararían los criados.

Una vez sentados, varios lacayos comenzaron a **ventilar con grandes fuelles**, imitando un viento furioso. Otros agitaban ramas verdes contra sus piernas, como si fueran golpes de aire. Algunos encendían fuego cerca del caballo, simulando rayos y truenos.

Don Quijote, convencido, gritó:

—¡Clavileño, llévanos a la gloria!

Sancho, sujeto a la cintura de su amo, rezaba murmurando todos los santos que conocía. En medio del espectáculo, uno de los criados acercó una mecha encendida al rostro de Sancho, provocando un leve olor a pelo chamuscado.

—¡Ay! ¡Creo que estamos entrando en el fuego eterno! —lloraba Sancho.

Finalmente, alguien giró la clavija con fuerza. El caballo se ladeó y, con un fuerte empujón de los lacayos, cayó al suelo. Don Quijote y Sancho rodaron, mareados.

Los duques se acercaron fingiendo admiración.

—¡Valientes caballeros! —dijo la duquesa—. Habéis roto el encantamiento. Mirad cómo las doncellas recuperaron su forma verdadera.

Las doncellas, por supuesto, eran simplemente criadas vestidas de forma diferente. Pero Don Quijote, lleno de orgullo, creyó haber cumplido otra gran hazaña.

Sancho, en cambio, tocaba su barba con desesperación.

—Señor... me huele a quemado. ¿No habremos pasado demasiado cerca del sol?

Don Quijote solo sonrió. Para él, la aventura había sido grandiosa, aunque su montura fuese de madera y no se hubiese movido del patio ni un centímetro.

---

## **CAPÍTULO 22 – Gatos, heridas y la paciencia del caballero**

Los duques, siempre deseosos de divertirse a costa de sus huéspedes, no se conformaron con el espectáculo de Clavileño. Idearon nuevas farsas, esta vez más arriesgadas.

Una noche, mientras Don Quijote descansaba en su habitación, varios criados soltaron **gatos vivos** dentro del cuarto. Los animales, asustados, comenzaron a correr y saltar por todas partes. Don Quijote, creyendo que era atacado por demonios o fantasmas, desenvainó la espada a oscuras.

Uno de los gatos, presa del pánico, saltó directamente al rostro del caballero y le clavó las garras en la mejilla. Don Quijote gritó de dolor,

intentando arrancarlo sin lastimar al animal. Finalmente, el gato huyó, dejando al caballero sangrando.

Acudieron los duques y sus criados, fingiendo preocupación. La duquesa, visiblemente conmovida —quizás más por remordimiento que por compasión—, exclamó:

—¡Oh, señor Don Quijote, qué tragedia! ¡Qué pruebas tan duras os impone la fortuna!

El caballero, con un pañuelo empapado en sangre, respondió:

—Esto no es sino obra de encantadores envidiosos que desean impedir mi gloria.

Sancho, observando la herida profunda en la cara de su amo, murmuró:

—Señor, si seguimos así, los encantadores van a dejarnos sin piel.

Durante los días siguientes, Don Quijote tuvo que permanecer en reposo.

La duquesa aprovechó para visitarlo y escucharlo hablar de Dulcinea.

Sancho, por su parte, recibía constantes bromas de los criados, quienes lo llamaban “exgobernador” y se burlaban de sus sentencias.

Una tarde, uno de los mayordomos interpretó una falsa profecía que decía que Sancho debía recibir “cien azotes” para romper el encantamiento de Dulcinea. Sancho se negó rotundamente.

—¡A mí nadie me azota! —gritó—. ¡Ni por princesa, ni por reina, ni por emperatriz!

Don Quijote reaccionó con gravedad:

—Sancho, la liberación de Dulcinea depende de ti.

Sancho rodó los ojos.

—Pues que espere un poco más —respondió.

La tensión se hizo evidente. Sancho sentía que la burla constante era insoportable, y Don Quijote notaba un ambiente extraño, como si los duques los miraran más como niños de circo que como invitados honorables.

Un amanecer, silenciosamente, ambos decidieron abandonar el castillo.

—Sancho —dijo Don Quijote—, debemos seguir nuestro camino. Aquí no hallaremos más que burlas disfrazadas de honores.

—Señor —respondió Sancho—, pensé que nunca lo diría, pero estoy de acuerdo.

Y así salieron, sin despedidas formales, dejando atrás un castillo que había sido más teatro que refugio.

---

## **CAPÍTULO 23 – El viaje a Barcelona: bandoleros, reflexiones y el mar**

Liberados al fin de las bromas del duque y la duquesa, Don Quijote y Sancho se dirigieron hacia el noreste, siguiendo caminos que bordeaban montañas y huertos. El aire se volvió más fresco, y el paisaje, más verde.

Sancho iba de buen humor. Le gustaba el cambio de ambiente. Don Quijote cabalgaba en silencio, reflexionando sobre Dulcinea, sobre su destino y sobre la conducta de los duques, que había comenzado a sembrar dudas en su espíritu.

Una tarde, mientras atravesaban un bosque espeso, fueron sorprendidos por un grupo de **bandoleros armados**. Sancho levantó las manos antes de que alguien dijera algo:

—¡No llevamos nada! ¡Ni monederos, ni joyas, ni nada de valor!

Los bandidos rieron. Su jefe, un hombre valiente y astuto llamado **Roque Guinart**, ordenó que no les hicieran daño.

—He oído hablar de vos —dijo Roque, mirando a Don Quijote—. Dicen que lucháis por la justicia.

Don Quijote, sorprendido por aquel reconocimiento, respondió con suavidad:

—Intento vivir según los principios de la caballería andante.

Roque se rió con admiración.

—Pues ojalá todos los hombres fueran como vos, aunque confieso que pocos serían tan valientes... o tan temerarios.

Los bandoleros ofrecieron comida y descanso a los viajeros. Durante la cena, Roque habló de la dureza de su vida, de su conflicto con la justicia y de su deseo de redención.

Don Quijote lo escuchó con atención.

—Aún podéis cambiar vuestro destino —le dijo—. Ningún hombre está condenado a la oscuridad para siempre.

Roque quedó pensativo ante aquellas palabras. Sancho, mientras tanto, comía con gran apetito, feliz de compartir una hoguera con hombres que parecían más decentes que los criados del duque.

Al amanecer, Roque escoltó a los viajeros hasta un camino seguro.

—Seguid hacia Barcelona —dijo—. Allí encontraréis aventuras distintas de las que habéis vivido hasta ahora.

Don Quijote agradeció con profunda cortesía. Sancho agitó la mano con simpatía.

Cuando por fin llegaron a Barcelona, la ciudad los recibió con bullicio y colores. Los mercaderes gritaban sus productos, los niños corrían entre las calles estrechas y el olor del mar era fresco y salino.

Sancho se detuvo maravillado.

—¡Señor! ¡Es la primera vez que veo el mar!

Don Quijote sonrió. La inmensidad azul se extendía ante ellos como un horizonte sin fin, invitándolos a nuevas reflexiones y a nuevas aventuras.

---

## **CAPÍTULO 24 – El Caballero de la Blanca Luna: la derrota en la playa**

Barcelona resultó ser un lugar lleno de sorpresas. Los habitantes, muchos de ellos lectores del libro de Don Quijote, lo reconocieron y lo recibieron con respeto y curiosidad. Algunos se reían en secreto; otros lo admiraban sinceramente.

Un mercader de libros lo llevó a conocer una **imprenta**, donde vio cómo se fabricaban las páginas que relataban sus propias aventuras. Don Quijote se emocionó al ver que su vida había pasado a formar parte del mundo escrito.

—Sancho —dijo—, ahora soy inmortal. Mis actos quedarán para siempre. Sancho asintió, aunque parecía más interesado en los grabados y en un pliego donde aparecía representado con barriga aún más grande que la real.

Una mañana, mientras paseaban por la playa, apareció un caballero vestido completamente de blanco: armadura reluciente, escudo brillante y casco adornado con una luna plateada.

—¡Deteneos, Don Quijote de la Mancha! —gritó—. Soy el **Caballero de la Blanca Luna**, y vengo a deciros que mi dama es más hermosa que Dulcinea del Toboso.

Don Quijote sintió hervir su sangre.

—Jamás permitiré tal blasfemia. ¡En guardia!

El caballero de la Luna lanzó entonces un desafío:

—Si os derroto, deberéis volver a vuestra aldea y abandonar la caballería por un año. Si vos me vencéis, proclamaré la incomparable belleza de Dulcinea.

Sancho se puso pálido.

—¡Señor, piénselo bien! ¡Ese caballero parece fuerte como un toro!

Pero Don Quijote no podía retroceder. Ambos se armaron y tomaron posiciones sobre la arena húmeda.

La gente comenzó a reunirse alrededor. La escena tenía la solemnidad de un duelo legendario.

Al oír la señal, los dos caballeros cargaron. El Caballero de la Blanca Luna era, en realidad, **Sansón Carrasco** disfrazado, decidido a vengar su derrota anterior. Esta vez venía preparado y con un caballo más fuerte.

El choque fue brutal. La lanza del Caballero de la Luna golpeó con precisión. Don Quijote cayó al suelo con fuerza, la armadura resonando sobre la arena.

Sancho corrió hacia él llorando:

—¡Señor, no muera! ¡No muera, por lo que más quiera!

El Caballero de la Luna colocó la punta de su lanza sobre el pecho del hidalgo caído.

—Rendíos —ordenó—. Cumplid vuestra palabra.

Don Quijote, con voz temblorosa pero digna, respondió:

—Me rindo. Volveré a mi aldea. Abandonaré la caballería por un año... si es preciso.

Las palabras pesaron en el aire como una derrota absoluta. La multitud guardó silencio.

Sancho ayudó a su amo a levantarse. Don Quijote no lloró, pero sus ojos tenían un brillo apagado, como una llama que ya no encontraba viento para encenderse.

—Sancho —dijo finalmente—, quizá ha llegado la hora de volver.

Así terminó su aventura en Barcelona: con el sonido del mar golpeando la playa, como un aplauso lejano y triste para un caballero vencido.

---

## **CAPÍTULO 25 – El retorno obligado: camino de silencio**

Tras la derrota en la playa de Barcelona, Don Quijote y Sancho emprendieron el viaje de regreso hacia La Mancha. El hidalgo montaba en Rocinante con la cabeza baja; su postura, antes orgullosa, parecía ahora la de un hombre cansado cuya voluntad se había quebrado. Sancho, caminando a su lado, trataba de animarlo con palabras sencillas:

—Señor, no hay derrota que sea eterna. Las cosas pueden cambiar. Además, vuestra merced luchó con valentía.

Pero Don Quijote no respondía. Su silencio era denso, como si cada pensamiento pesara demasiado para convertirse en palabra. La promesa que había hecho al Caballero de la Blanca Luna le resultaba más dolorosa que cualquier herida física.

—Sancho —dijo finalmente, con voz apagada—, me parece que la Fortuna se ríe de mí. Ayer creía caminar hacia un reino, y hoy regreso como un hombre vencido.

—No diga eso, señor —insistió Sancho—. Yo he visto a vuestra merced vencer gigantes —o lo que parecían gigantes—, aventureros, bandidos y hasta a la vida misma. Una caída no borra todas las victorias.

Don Quijote esbozó una sonrisa triste.

—Gracias, amigo mío. Pero un caballero andante sin hazañas no es más que un viejo soñador.

Durante varios días caminaron en silencio. Paraban en ventas humildes, comían pan duro y queso, y dormían bajo los árboles. La derrota parecía perseguir al caballero como una sombra.

Una mañana, mientras Sancho preparaba el desayuno, Don Quijote habló con una claridad inesperada:

—He pensado que, para cumplir mi palabra, debemos buscar una forma de vivir en paz durante ese año. Quizá podamos imitar a los pastores de los libros bucólicos. ¿Qué te parecería, Sancho, que nos convirtiéramos en pastores?

Sancho abrió la boca, sorprendido. La idea era tan extravagante que, por un instante, no supo si reír o llorar.

—Pastores, dice vuestra merced... ¿Con ovejas y zampoñas?

—Exactamente —respondió Don Quijote, más animado—. Cantaremos canciones, recitaremos versos y observaremos la belleza del campo. Así pasará el año sin dolor.

Sancho se imaginó con un cayado, un rebaño y un sombrero de paja. No le parecía la peor de las ideas.

—Pues... podría ser, señor. Mejor eso que seguir recibiendo palos.

Don Quijote reía suavemente. Era la primera vez que reía desde Barcelona. El proyecto pastoril quedó decidido, como un sueño nuevo que todavía podía sostenerlos un tiempo más.

## **CAPÍTULO 26 – Regreso a la aldea: una bienvenida gris**

Cuando divisaron los tejados de su aldea, Don Quijote sintió una mezcla de alivio y vergüenza. Sancho, en cambio, sintió cierta alegría: después de tantas aventuras, no había nada más reconfortante que un hogar.

Las mujeres de la casa —el ama y la sobrina— salieron a recibirlos, emocionadas al verlos vivos. Pero también percibieron algo distinto en el hidalgo: una tristeza profunda mezclada con resignación.

—Señor tío —dijo la sobrina—, ¿volvéis por fin para quedaros?

Don Quijote respondió con un suspiro:

—Eso deseo, hija. Por lo menos durante un tiempo.

Esa misma tarde, muchos vecinos pasaron a visitarlo. Algunos lo miraban con compasión; otros, con curiosidad. La noticia de su derrota en Barcelona había llegado antes que él, pero nadie se atrevía a mencionarla en su presencia.

Por la noche, Don Quijote se acostó temprano. Mientras miraba el techo de su habitación, repasó cada aventura de su vida: los molinos, los galeotes, el yelmo de Mambrino, la ínsula de Sancho, Clavileño, la cueva de Montesinos, la playa de Barcelona... Le parecía que había vivido varias vidas dentro de una sola.

—Sancho —llamó desde su cama, cuando el escudero ya estaba acomodado en la habitación contigua—, ¿crees que algún día Dulcinea será desencantada?

Sancho, que nunca había podido confesar la verdad, respondió con voz suave:

—Yo creo, señor, que la buena Ald... digo, Dulcinea, será tan hermosa como antes cuando menos lo esperemos.

Don Quijote sonrió con melancolía.

—Ojalá sea así, amigo mío.

Esa noche ambos durmieron profundamente, agotados por el viaje y por el peso de tantas ilusiones rotas.

---

## **CAPÍTULO 27 – La enfermedad del hidalgo: claridad tardía**

Pasaron algunos días pacíficos. Don Quijote parecía tranquilo, menos ansioso que de costumbre. Hablaba de su proyecto pastoril, imaginándose a sí mismo con el nombre bucólico de “Quijotiz” y a Sancho como “Pancino”. Sancho reía con gusto ante aquellos nombres, imaginando canciones y bailes en prados verdes.

Pero de pronto, una mañana, Don Quijote despertó con fiebre. El ama y la sobrina, alarmadas, llamaron al médico del pueblo, quien declaró que el hidalgo debía guardar reposo absoluto.

Los días siguientes fueron un lento declive. Don Quijote se debilitaba, su piel perdía color, y su voz se volvía cada vez más apagada. Sancho lo visitaba constantemente, contándole historias para animarlo, recordando momentos divertidos de sus aventuras. A veces el hidalgo reía; otras, cerraba los ojos con tristeza.

Una tarde, cuando el sol ya se escondía, Don Quijote llamó a su amigo con un gesto débil.

—Sancho... acercaos.

El escudero se sentó a su lado, preocupado.

—Señor, ¿qué tiene vuestra merced? ¿Le traigo caldo? ¿Le leo algo?

Don Quijote negó con la cabeza.

—Quiero deciros algo importante. Sancho, ya no soy Don Quijote de la Mancha. Soy... Alonso Quijano. Y, por primera vez en mucho tiempo, me parece que veo la realidad.

Sancho abrió los ojos, sorprendido.

—¿La realidad, señor?

—Sí, amigo. Ahora comprendo que mis aventuras fueron fruto de la lectura excesiva y de una imaginación desbordada. No fui caballero andante... aunque quise serlo con toda el alma.

Sancho comenzó a llorar en silencio.

—Pero, señor... vos fuiste el mejor caballero del mundo, aunque fuera en vuestro modo.

—Gracias, Sancho —susurró—. Vuestra lealtad ha sido mi mayor tesoro. Perdonadme por haberos arrastrado por caminos peligrosos.

Sancho se arrodilló junto al lecho.

—No diga esas cosas, señor. Si volviera a nacer, volvería a ser vuestro escudero.

Don Quijote le tomó la mano con ternura.

—Sois un buen hombre, Sancho Panza. Que Dios os guarde siempre.

---

## **CAPÍTULO 28 – El testamento: la última voluntad de un soñador**

Al día siguiente, Don Quijote pidió que llamaran al notario. El hombre llegó con sus papeles y pluma de ave, listo para redactar el testamento. Don Quijote habló con serenidad:

—Dejo mis bienes a mi sobrina, con la condición de que no se case con hombre que lea libros de caballerías. El resto queda a disposición de las necesidades de mi casa.

Luego llamó a Sancho con un gesto.

—Sancho... venid.

Sancho se acercó con los ojos rojos.

—Amigo —dijo Don Quijote—, perdonadme por las locuras que os hice vivir. Quisiera recompensaros más, pero mis bienes son modestos. Aun así, aceptad mi gratitud eterna.

Sancho negó con la cabeza.

—Señor, no necesito riquezas. Haber viajado con vos ha sido la mayor aventura de mi vida. Y aunque me dieran otra ínsula, yo la rechazaría si no estuviera vuestra merced conmigo.

Don Quijote sonrió débilmente.

—Sois noble, Sancho Panza. Mucho más noble que muchos caballeros verdaderos.

El notario terminó de escribir. Don Quijote firmó con mano temblorosa, cerrando así el ciclo de su vida terrenal.

---

## **CAPÍTULO 29 – La despedida: lágrimas, recuerdos y un adiós sereno**

La noticia de la gravedad de Don Quijote se extendió rápido por la aldea. El cura, el barbero y varios vecinos acudieron a verlo. Todos querían despedirse de aquel hombre que, con su locura encantadora, había dado más vida y color a la aldea que cualquier otro.

El cura le habló con ternura:

—Amigo Alonso, que Dios reciba vuestra alma con misericordia.

—Gracias, padre —respondió Don Quijote—. He vivido engañado por mis propias fantasías, pero deseo morir en paz.

El barbero, recordando la bacía convertida en yelmo, le sonrió con cariño.

—Fuisteis un hidalgo valiente, Alonso. Aunque os enfrentasteis a molinos creyéndolos gigantes, siempre actuasteis con buen corazón.

Don Quijote asintió.

—Eso espero.

Sancho permanecía a un lado, incapaz de dejar de llorar. A cada tanto, Don Quijote lo miraba con afecto.

—Sancho... no lloréis. La muerte es el fin natural de la vida. Si alguna vez contáis nuestras aventuras, hacedlo con humor, pero también con respeto. Porque aunque fueron locuras... yo las viví como verdades.

Sancho tomó su mano.

—Señor... no se vaya todavía. ¡Nos falta ser pastores! ¡Nos falta cantar canciones! ¡Nos falta desencantar a Dulcinea!

Don Quijote cerró los ojos lentamente.

—Dulcinea... quedará en vuestro recuerdo, Sancho. Y quizá, en algún rincón del mundo, siga siendo tan hermosa como la imaginamos.

Su voz se fue apagando, como un susurro en la tarde.

—Gracias... amigo...

---

### **CAPÍTULO 30 – El descanso final: y la eternidad del caballero**

Al amanecer del día siguiente, Don Quijote —o más bien Alonso Quijano, el Bueno— expiró suavemente, sin sufrimiento. Su rostro quedó sereno, como quien por fin comprende un misterio y se reconcilia con él.

La sobrina y el ama lloraron desconsoladas. El cura rezó por su alma. El barbero se quitó el sombrero con respeto. Y Sancho... Sancho se inclinó sobre el cuerpo de su amo y dijo entre lágrimas:

—El mejor hombre del mundo se ha ido. Pero yo sé que vive en cada palabra que dijo y en cada paso que dimos juntos.

El entierro fue sencillo. Algunos vecinos acompañaron el féretro. Se habló del hidalgo, de su bondad, de su locura entrañable, y de la manera en que había transformado, sin saberlo, la vida de todos.

Con el tiempo, las historias de sus aventuras siguieron circulando. Los niños jugaban a convertirse en Don Quijote y Sancho. Los viejos contaban cómo aquel hidalgo había visto gigantes donde otros solo veían molinos. Y algunos viajeros paraban en la aldea buscando la tumba del loco más cuerdo que jamás había existido.

Porque aunque Alonso Quijano murió, **Don Quijote de la Mancha nunca lo hizo.**

Vivió —y vive— en cada lector que comprende que, a veces, la realidad necesita un poco de fantasía para ser soportable. En cada soñador que se niega a aceptar el mundo tal como es. En cada idealista que cree que la justicia, el amor y la dignidad merecen ser defendidos, aunque uno corra el riesgo de caer derrotado.

Así terminó la vida del hidalgo más famoso de España, pero comenzó la eternidad del caballero andante que cabalgó contra molinos, que soñó con reinos invisibles y que enseñó a todos que **la locura más hermosa es aquella que nace del corazón.**

---

.